

The poster is split into two contrasting scenes. The top half shows a conquistador in full plate armor, including a helmet with a plume, standing in a lush green jungle. He is flanked by two other men in similar attire, one holding a long sword. The bottom half shows a grotesque, green, mutant creature with a skeletal face, sharp teeth, and a crown of thorns, emerging from a dark, misty environment. The creature's body is covered in dark, shimmering particles.

VÍCTOR CONDE

EL BESO DE
COPACATI

En dos momentos distintos de la historia, dos expediciones van a encontrarse con la misma criatura en lo profundo de la selva: en el siglo XX, unos cineastas que est́an dispuestos a filmar la peĺcula ḿs impresionante de la historia, y en el XVI, durante la campa_ña de Francisco Pizarro, un grupo de soldados castellanos que va en busca del cadáver robado del ́ltimo pŕncipe inca, Atahualpa. Cada cual en su ́poca descubrirá que en lo profundo de la selva habitan seres y secretos demasiado oscuros como para que el hombre lidie con ellos.

Para Ramón y Laura, por ser tan buenos amigos.

La noche es un muerto hecho de ojos.

G. K. Chesterton

Nota del autor

Esta no es una novela histórica, sino lo que en literatura llamamos una ucronía. Es decir, un «qué hubiera pasado si...». ¿Si qué? Si los acontecimientos históricos que conocemos hubiesen transcurrido de forma diferente. La trama parte de un hecho histórico documentado como real –los trágicos acontecimientos que siguieron al asesinato del Inca Atahualpa por los conquistadores castellanos, y el posterior robo del cadáver del rey de su sepulcro–, pero a partir de ahí todo es ficticio. Don Francisco Pizarro nunca ordenó, que se sepa, una expedición de recuperación del cadáver, ni mucho menos la encabezó él mismo. Algunos de los personajes que hacen de actores de reparto en esta historia son reales, como el fraile Vicente de Valverde, pero otros son inventados por mí por el bien de la trama, como la segunda esposa de Pizarro, doña Inés Jerén del Busto, o el comandante de turba don Alonso Candía. Toda la parte de los productores de Hollywood es pura fantasía, y cualquier similitud con nombres o personas reales no es más que una coincidencia.

Ah, y una última cosa: si cuando usted lea la parte sobre cómo se hacían las películas en los años 50 se siente extrañado por algo, o hay conceptos que le chocan..., créame, todo lo que se cuenta es verdad. El cine de aquella época se hacía así.

Primera parte

LA ERA DE LAS EXPEDICIONES

Por este lado se va a Panamá, a ser pobres. Por este otro, al Perú, a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.

Francisco Pizarro



27 de Julio de 1533
(Sacrificios)

La noche estaba llena de gritos.

Solo en aquel paraje donde las estrellas podían brillar tan fuerte que eran capaces de iluminar el mundo sin ayuda de la luna un hombre asomado a la atalaya podía distinguir tras la puesta del sol tantos detalles en la lejanía. A incontables toesas sobre el nivel del mar y a una distancia imposible de medir de la costa, si un cristiano se situaba al extremo de aquella roca pelada que asomaba del pico y miraba al valle, lo único que vería serían paredes casi verticales, cortadas a buril, por donde solo los indígenas nacidos bajo aquella luna y bajo el signo de esas constelaciones podían hallar caminos.

Pero esta noche había algo más en el viento. Se presentía algo terrible. La oscuridad, como el agua de un océano que transmitía sonidos tras haber hecho origamis con ellos, estaba llena de lágrimas.

El fraile Vicente de Valverde, de la Orden de los Dominicos, salió de la casona del rescate del príncipe, que había sido convertida primero en un arsenal donde guardar el falconete y los arcabuces, y luego, cuando llegó el increíble rescate, en una fundición de oro. Un lugar que trabajaba día y noche, a destajo. Los herreros que habían sido reunidos para tal menester, vigilados por los soldados que a su vez eran vigilados por los capitanes que a su vez respondían al visto bueno de los ángeles, hacían caer con ímpetu los martillos y aventaban los fuelles. Las chispas la-

mían sus cuerpos confiriéndoles un aura perversa, de baularte demoníaco, brotando día y noche de aquellos metales. Lo que una vez sirvió para enderezar espadas y alabardas y para cepillar el ánima de las armas de fuego, ese mismo ímpetu infernal del soplillo –que Dios le perdonara por pensarlo–, ahora era músculo y aliento que derretía el oro y lo convertía en lingotes, para ser cargado en los mulos con más facilidad y para simplificar el reparto.

Pues para eso, y tras quién sabía cuántos años de sanguinaria campaña, su amo y pariente, don Francisco Pizarro, había encontrado por fin El Dorado. O más bien, lo había conjurado de la nada, haciendo que mil esclavos de piel tostada se lo trajeran a cambio del perdón de un rey que, paradojas del destino, estaba destinado a no conocer la clemencia.

Algo le preocupaba al capitán, pues su figura, alta y espiada como un tallo de maíz, se recortaba contra la silueta de las montañas, asomada al borde de la piedra de los vigías. Era un recorte de negro sobre un tul de selva y rocío. Vestía su armadura de acero español pero sin la protección de los brazos ni la de las piernas. Si no fuera porque irradiaba un aura de gravedad que podía marchitar la hierba, habría quien se reiría de sus piernas flacas como palillos, expuestas bajo los faldones del jubón. Tan blindado por arriba como desnudo por debajo, el conquistador daba la impresión de ser un viejo demente que se hubiera olvidado de ponerse los pantalones, tanta era su prisa por llegar a la guerra.

Fray Vicente, que era pariente del capitán Pizarro –aunque raras veces mencionaba este hecho delante de los hombres–, se le acercó procurando no hacer ruido. Y se situó junto a él en la atalaya, con cuidado de no asomarse mucho. Allí los vientos eran traicioneros, y un ligero empuje podría convertirlo en aprendiz de *tunki*^[1] en su larga caída hacia el fracaso.

—¿Ocurre algo, mi señor? —le preguntó en voz baja, porque no sabía qué podía preocupar tanto a Francisco como para mantenerlo sumido en ese silencio de cobra, en ese mutismo de sepulcro, mirando sin pestañear las montañas.

El capitán parecía ajeno a su semidesnudez, buscada a propósito para combatir el calor de la noche. Su atención estaba tan fija en lo que le contaba el viento que, por un instante, fray Vicente creyó que estaba oyendo las campanas que lo llamaban al otro mundo.

No le contestó al principio, durante unos tensos minutos en los que lo único que se oyó fue el rítmico martilleo de los machos de fragua y el soplido de los fuelles. Su vista resiguó el contorno del valle, un sinuoso lomo de serpiente que para ellos, europeos acostumbrados a tierras bajas y llanas, era sinónimo de asfixia y de altiplanos apenas vestidos con el santo aire de la vida. Un aire que, de tan limpio, a veces daba la sensación de no existir, pero que podía seguir trayendo sonidos. Y estos eran los que mantenían el corazón del capitán en un puño.

—¿Lo notas, Vicente? —susurró Pizarro, llevándose un dedo al lóbulo de la oreja, el único que le quedaba después de la batalla de hacía unos meses. Curiosamente, el otro no se lo había cortado un *chupra*, un cuchillo indígena, sino el acero de uno de sus hombres cuando se disponía a ejecutar al príncipe inca y el propio Pizarro se metió en medio para impedirselo.

—¿Qué queréis que note, mi señor? —preguntó el fraile.

—Sssshhh... Escucha. La noche está gritando. Está llena de lágrimas.

Al fraile le costó unos minutos, pero cuando iba a darse por vencido y a aconsejarle que se apartara del borde del acantilado, lo oyó. Era tan increíblemente tenue que incluso a los animales que cazaban amortajados de oscuridad les habría costado percibirlo, pero sí... Sin duda, había un lamento en el viento. Más bien, la suma de muchas

voces que llegaban desde todos lados, jugueteando con los ecos. Era un gimoteo terrible, como si miles de gargantas llorasen a lo largo y ancho de aquel vasto imperio, y gritasen exequias por los muertos.

–¿Q... qué son? ¿Por qué grita así el viento?

–No es el viento –dijo Francisco–. Es la tierra, que sufre por su rey. Miles, quizá decenas de miles de súbditos, están suicidándose en este preciso instante, mientras tú y yo hablamos, seguramente para acompañar a su monarca a la otra vida. Es al país de los incas por entero al que oyes chillar de pánico.

El corazón de fray Vicente se arrugó, haciéndose más pequeño y negruzco. Su mente, acostumbrada a los horrores que aquella tierra salvaje les reservaba día sí y día también, creía que estaba inmunizada contra todo. Pero no era cierto. Sintió una especie de frío que le contracturó el alma al imaginarse el cuadro que su amo le pintaba, con miles de cuchillos manchándose de sangre, tanto de hombres como de mujeres y quién sabía si de niños, todos en ese preciso instante. Bajo aquel plácido mantel de estrellas sin luna. Mil gargantas gritando de horror al ser rebanadas, ríos de sangre precipitándose por las terrazas donde aquellos hombres-pájaro edificaban sus aldeas. El orgulloso imperio del inca tiñéndose enloquecedoramente de rojo en el transcurso de una noche.

Y todo porque el día anterior ellos habían bautizado y juzgado a su príncipe, Atahualpa, el cual, hasta el último segundo y hasta que no se vio atado al poste de la hoguera, no se dio cuenta de qué le estaban haciendo ni por qué se lo había encontrado culpable de delitos contra Dios. Su cuerpo aún estaba caliente cuando sus esposas se habían rajado los pechos y ahorcado con sus propios cabellos, colgándose de las vigas del cuartucho miserable que había sido su palacete durante meses. Vicente jamás olvidaría el horror de semejante cuadro cuando entró en la casa del rescate y las vio colgando como péndulos, a to-

das esas diminutas flores, esas liliputienses diosas. No su-
po por qué, pero le recordaron a los hisopos con que su
ministerio esparcía las bendiciones entre los llamados a
misa. Solo que estos lo único que esparcían era tristeza.

Y ahora..., cuando el padre más confiaba en que el ho-
rror acabaría porque el jefe de aquel pueblo tan callado y
sumiso se había ido para siempre..., sucedía esto. Este
suicidio en masa. Este holocausto. Un escalofrío le trepó
por la espalda depositando un montoncito de escarcha
sobre cada vértebra.

—¿En serio lo están haciendo? —Experimentó algo así
como un vahído, un hierro al rojo blanco que le atravesaba
las entrañas—. ¿Se están inmolando en masa?

—¿No lo oyes? Sus tambores tocan a fúnebre. Esta no-
che una legión de indígenas se abrirá su propio cuello y
los de sus hijos en honor a su caudillo. Cuando amanezca,
el país estará casi despoblado y será un festín de cuervos.
Los ríos correrán rojos durante meses.

Tambores tocando a muerto como perros venteando la
Parca. Sí, fray Vicente también podía percibirlos: en cada
poblado, en cada amontonamiento de cabañas en la linde
de los ríos, en las altas ciudades de las montañas, en los
bajos tendidos de chabolas de las haciendas... las *runanti-*
yas, unos tambores muy pequeños fabricados con la piel
de enemigos honorables, contrapunteaban como el coro
de una iglesia la cadencia de los machos de fragua. Mien-
tras los castellanos derretían el oro de su triunfo, los indí-
genas se lanzaban a un apocalipsis sin sentido. El Dorado
a cambio del holocausto. Y todo por culpa de ciento
ochenta españoles sucios con la mirada enferma de codi-
cia.

—¿Qué pensáis hacer cuando amanezca, mi señor?
¿Vendrán a buscarnos con su ejército para llevarse el cuer-
po del caudillo?

Francisco volvió la cabeza y miró el sepulcro que esta-
ba en el centro de Cajamarca, a donde lo habían llevado

tras bajarlo de la picota. Había guardias en la puerta.

–Idólatra, lo llamamos. Hereje, fratricida, regicida, traidor, polígamo y pagano incestuoso –dijo el capitán–. Todo eso le dijimos justo antes de bautizarlo a la luz de la Santa Biblia y ponerle un nombre idéntico al mío, que será el que su pobre alma se lleve al infierno. Sus antiguos súbditos lo llamarán rey, y caudillo, y quizás también libertador... pero también lo odiarán. Por haberlos traicionado. Porque se dejó engañar por los dioses.

–La Virgen María, cuya talla nos ha acompañado durante los largos años de esta odisea, sabe bien que no somos deidades.

–Claro que no. Pero, como todo en esta desastrosa conquista, lo importante no es que lo seamos o no, sino que ellos lo crean así. Por si acaso, he mandado doblar la guardia. El sepulcro de ese enano mal perdedor de ajedrez es ahora un lugar tan sagrado para ellos como Tierra Santa lo es para nosotros. Y vendrán a reclamar el cuerpo. –En su mirada destelló un brillo maligno, dos ascuas ardiendo sobre el delta negro de la barba–. Oh, sí, te apuesto mi extremaunción a que lo harán, primo.

Fray Vicente se estremeció al imaginar una columna de treinta mil soldados, esta vez fuertemente armados y no como cuando Atahualpa accedió por primera vez a reunirse con los castellanos, que vinieron desarmados. Una larga serpiente de guerreros sedientos de sangre trepando por aquellas cumbres.

–¿Qué haremos, pues? ¿Huiremos con el oro?

El capitán dejó caer una mano tranquilizadora en su hombro, mientras con la otra se rascaba sus partes por dentro del calzón. Los piojos y las ladillas habían sido un suplicio para aquellos hombres desde que desembarcaron en el Nuevo Mundo, descubierto hacía solo cuarenta años por un genovés loco.

–Si algo le ha costado siempre a esta gente es organizarse. Para cuando se pongan de acuerdo para empre-

der la marcha, ya estaremos muy lejos con el oro y la plata rumbo a la desembocadura del Rímac. Allí estaremos a salvo.

—¿De veras creéis que este lugar se convertirá en sagrado para ellos?

—¿Acaso no lo es para nosotros el sitio del Santo Sepulcro, donde descansaron los restos de nuestro Señor Jesucristo? ¿No hemos movido naciones y sacrificado mares de carne y sangre por intentar recuperarlo de las manos de los infieles? ¿Y no robaron su cuerpo los apóstoles aprovechando el anonimato de la noche, para impedir que se quedara en manos de los romanos?

Se alejaron de la atalaya, para alivio del fraile. A varias leguas de allí, el vapor de las fuentes termales de Pultamarca se elevaba como las sábanas de espíritus condenados a vagar eternamente por las montañas. Quizás fueran las ánimas de los más de dos mil indígenas que ellos mismos habían pasado a cuchillo en la masacre cajamarquina.

—Todo lo que decís ocurrió, lo atestigua la Biblia —asintió el fraile, comprendiendo las similitudes que subyacían tras ambos hechos, a pesar de que el rey inca no fuera hijo de Dios y Jesús sí—. Ahora lo comprendo. Vendrán a por él para enterrarlo según sus propios ritos. Para convertirlo en una... —le costó decirlo porque la palabra le repugnabamomia.

Se asomaron a la casona del rescate por su única ventana. El interior estaba envuelto en un resplandor sobrenatural, casi más digno del dios pagano Vulcano que de otras deidades menos coléricas. El oro derretido descansaba en cubas, su resplandor arrancando miradas enfebrecidas no solo de los hombres que lo custodiaban, sino también del fraile, que lo observaba hipnotizado. Apoyada contra la pared había una montaña de objetos hechos con el divino metal y con la plata selenita, que esperaban su turno para conocer el fuego.

—El Dorado... existía realmente —murmuró el clérigo.

–No. Nosotros lo creamos. Forjamos nuestro propio mito. Eso es lo que escribirás en tus libros cuando regresemos. –Pizarro se volvió hacia la selva, donde extraños sonidos se escurrían como culebras entre los árboles. Fray Vicente también miró a la impenetrable oscuridad.

–¿Qué veis, mi señor? ¿Hay peligro, despierto a los soldados?

El capitán se quedó tan inmóvil como cuando había escuchado los lamentos del valle, solo que esta vez había un deje distinto en su mirada. Algo más inclasificable. Era como si hubiese escuchado otro sonido procedente de la selva, algo que lo asustaba incluso a él, un conquistador de imperios.

–No es nada, mi fiel Vicente... Es solo que me pareció oír... –Enmudeció. El fraile detectó aquel temor en sus ojos y no pudo evitar que se le contagiase. Pizarro forzó una sonrisa y le palmeó la espalda—. En fin, durmamos. Al alba lo prepararemos todo para el duro descenso hacia la costa.

Vicente sonrió, intranquilo. Miró por última vez la selva, como si hubiera algo allí que no fuera ni divino ni humano a lo que ni siquiera los incas se atrevían a desafiar. Devoró como un niño hambriento una bocanada de aire.

–Que los ojos de todos los santos del cielo se posen sobre nosotros y nos protejan...

Y lo decía en serio.